

EN TORNO A LA VISITA DEL ARZOBISPO ANGLICANO  
DE CANTERBURY A S. S. EL PAPA JUAN XXIII

El anuncio oficial de la renuncia del Dr. Geoffrey Fisher a la sede arzobispal de Canterbury ha causado en el mundo una viva impresión, infundiendo nueva actualidad a la visita que, apenas mes y medio antes, el Primado anglicano había realizado a S. S. el Papa Juan XXIII, una visita cuyas resonancias en los más apartados ámbitos del mundo cristiano estaban todavía muy lejos de extinguirse.

Los lectores recordarán que cuando la prensa del 1 de Noviembre de 1960 publicó la noticia de que el Dr. Fisher, el más cualificado representante, no sólo de la comunidad anglicana, —*Church of England*—, sino del conjunto de comunidades englobadas en la *Anglican Communion*, acudiría a Roma al regreso de su viaje al Cercano Oriente y sería recibido en audiencia por el Romano Pontífice, esa información desencadenó una oleada de sensacionalismo que se reflejó, incluso, en algunos de los más serios y ponderados órganos de opinión de diversos países. Llegó a emplearse el término *holy summit* para calificar la anunciada entrevista, como si en una época donde las conferencias en la cumbre son preconizadas por ciertos políticos como la panacea que puede resolver los más arduos problemas, un diálogo religioso en el «vértice», una «santa cumbre», estuviera ya en puertas y fuese el preanuncio de muy próximos y trascendentales acontecimientos.

Los comentarios de la prensa adquirieron pronto un tono más sereno y sin ocultar la importancia de la entrevista, pusieron el acento sobre las graves diferencias que separan el Anglicanismo de la Iglesia Católica, —diferencias con profundas raíces doctrinales, psicológicas e históricas—, y sobre el carácter de estricta cortesía que la audiencia, —audiencia privada—, habría de revestir. Se puso también de relieve que la visita no constituía ningún hecho insólito, ya que los Romanos Pontífices habían recibido en diferentes ocasiones a personalidades religiosas no católicas y que desde la visita que hizo a León XIII en 1903 el rey Eduardo VII, otros monarcas ingleses, a

quienes pertenece la suprema autoridad en la comunidad anglicana, y miembros de la Casa real británica habían sido acogidos en solemnes audiencias en el Vaticano.

La visita del Dr. Fisher a S. S. Juan XXIII tuvo lugar en la mañana del viernes, 2 de Diciembre de 1960. El Santo Padre, que estaba por aquellos días haciendo los Ejercicios espirituales que tradicionalmente se celebran en el Vaticano durante la primera semana de Adviento, tuvo la deferencia de interrumpir su retiro para recibir al Primado anglicano. La audiencia revistió ese carácter de cortesía que habían predicho los observadores más avisados, y que se deducía de los términos en que la entrevista había sido oficialmente anunciada por ambas partes. No se abordó en ella ninguna cuestión de carácter doctrinal y, según una información de fuente fidedigna, el Pontífice, en la alocución final de los Ejercicios pronunciada el 3 de Diciembre, habría dicho, refiriéndose a la entrevista de la víspera: «Nos quedamos en el umbral de los grandes problemas». Los comunicados publicados por *L'Osservatore Romano* y por el *Church Information Office* anglicano estuvieron acordes en resaltar la naturaleza cortés del encuentro. Pero tanto el uno como el otro coincidieron también en poner de relieve la atmósfera de afectuosa cordialidad en que se desenvolvió la audiencia. «La entrevista, —escribió *L'Osservatore Romano*—, impregnada en todo momento por sentimientos de simpatía, versó también sobre recuerdos personales de orden espiritual». «La conversación, —insistió la Oficina de información anglicana—, se refirió igualmente a experiencias personales de carácter espiritual»; y tras precisar que «en ningún momento se abrigó la intención de que la entrevista diese lugar a un examen de problemas o cuestiones particulares», el comunicado anglicano termina diciendo que la visita «estuvo marcada por un espíritu feliz de cordialidad y de simpatía, como convenía a un importante acontecimiento en la historia de las relaciones de la Iglesia».

El texto de los comunicados deja reducido a sus justos términos el alcance de la audiencia concedida por S. S. Juan XXIII al Arzobispo anglicano de Canterbury. Pero por modestos y limitados que estos términos parezcan, y lo sean incluso, objetivamente, sería erróneo considerar la visita como un hecho normal y desprovisto de significado. Ciertamente es que en el pasado otros personajes no católicos habían sido ya recibidos en audiencia por el actual Pontífice y por sus predecesores. Pero, si se atiende a la personalidad del visitante, ninguna de esas audiencias tiene la relevancia de la del Dr. Fisher, si se exceptúa tal vez la que Pío XII concedió en 1956 al Dr. Otto Dibelius, obispo luterano presidente del Consejo de la *Evangelische Kirche in Deutschland*. Mas la historia misma del Anglicanismo desde el segundo tercio del siglo XIX proyecta una luz propia sobre la visita del Dr. Geoffrey Fisher y le asigna un matiz singular.

No puede echarse en olvido que en el seno del Anglicanismo nació el Movimiento de Oxford, que iba a suponer un decisivo impulso en el resurgimiento de la Iglesia católica en Inglaterra. Que si la comu-

nidad católica inglesa pasó en el curso de unos breves decenios de ser un grupo social irrelevante y apenas tolerado a convertirse en una fuerza vigorosa y respetada, ello se debió, en gran parte, a la vuelta a Roma de una *élite* insigne de clérigos y seglares anglicanos, algunos de los cuales habían de figurar entre las más ilustres personalidades de la Jerarquía católica, como los antiguos pastores Newman y Manning, que estaban destinados los dos a llegar a ser Cardenales de la Iglesia Romana. Retorno a Roma por caminos a menudo arduos y sembrados de obstáculos, que exigió a los protagonistas dolorosas renunciaciones a sentimientos y tradiciones muy entrañables, pero inspirado por el más generoso impulso de responder a las exigencias de la verdad, por el afán de encontrar la genuina Iglesia de Cristo. Noble historia interior, tantas veces repetida, de la que la *Apología pro vita sua* de John-Henry Newman o *An spiritual Aeneid* de Ronald A. Knox nos ofrecen unos elocuentes y conmovedores testimonios.

Pero, no sólo en el plano de las conversaciones individuales, —en una proporción muy notable de antiguos *clergymen*—, ha sido importante dentro del Anglicanismo el impulso hacia la Iglesia Católica. Un sector bastante considerable de la *High Church* está constituido por los llamados Anglo-Católicos que, en muchos aspectos de la vida litúrgica y del ritual, procuran adecuarse a las formas del culto católico. Inspiradas por estos grupos, se han producido en diversas ocasiones iniciativas encaminadas a estudiar las posibles vías de unión del Anglicanismo a la Iglesia Católica. Los intentos de la *Corporate Union*, en la última década del siglo pasado, y las Conversaciones de Malinas, celebradas entre 1921 y 1926, bajo la presidencia del cardenal Mercier, pueden considerarse como exponentes de esta tendencia, de la que Lord Halifax fue el más activo propulsor en el campo anglicano.

Dentro del marco de estas circunstancias conviene considerar la visita del Dr. Fisher al Santo Padre. Ninguna razón hay que pueda justificar fáciles optimismos, ni que autorice a pensar en que se han abierto perspectivas de una próxima reunión de la Comunidad Anglicana a la Iglesia Católica. Si es cierto que el Anglicanismo ha conservado una organización jerárquica y una estructura eclesial más definida que otros grupos cristianos separados, no lo es menos que son muy hondas las diferencias de todo orden que lo separan de la Iglesia Romana: diferencias en cuanto a la misma constitución de la Iglesia, agravadas incluso recientemente por los intentos de aproximación a ciertos grupos protestantes; diferencias en el orden doctrinal sobre puntos dogmáticos tan esenciales como el primado de jurisdicción del Papa y la infalibilidad pontificia; diferencias, también, en algunos importantes aspectos de la moral, que las resoluciones de la Conferencia de Lambeth de 1958 acerca de los fines del matrimonio y la planificación de la familia han contribuído a acentuar.

Todo ello no es óbice, sin embargo, a que la visita del Dr. Fisher a S. S. Juan XXIII pueda calificarse de acontecimiento de notable trascendencia y de sentido abiertamente positivo. Es indicio de un cambio

de clima muy significativo: que el Primado anglicano haya podido acudir al Vaticano sin levantar tempestades de protesta en su comunidad, sin que apenas se hayan alzado voces discordes a la general simpatía con que fue acogida la visita, es buena señal de que el viejo sentimiento de hostilidad contra Roma, contra el catolicismo, el *no Popery!* que en el pasado constituyó uno de los más arraigados *antis*, consubstanciales casi con el talante británico, ha perdido hoy mucha de su antigua virulencia. Ciertamente es que la estela de conversiones individuales, que los intentos de aproximación de determinados grupos eran ya prueba de la transformación operada por ese largo proceso de casi siglo y medio. Pero aquellas fueron todas iniciativas aisladas, mientras que el acontecimiento que comentamos tiene una inédita significación por su carácter oficial y representativo.

El Arzobispo anglicano de Canterbury ante Juan XXIII no supone ninguna efectiva aproximación doctrinal, no implica que ninguno de los problemas pendientes se haya siquiera abordado, pero es un hecho de profundo valor psicológico. Significa que barreras ancestrales de viejos prejuicios han dejado de existir. Y no olvidemos que en la mentalidad humana, los prejuicios, el factor psicológico, juegan también muchas veces un papel nada despreciable. En este sentido, y de un modo especial ahora que se anuncia su dimisión de la sede de Canterbury, suscita el respeto general la entereza y valor del Dr. Fisher que, cuando evidentemente tenía ya decidida la renuncia a su cargo, quiso poner término a su carrera con este importante paso. Un paso que no es de por sí más que un acto aislado, cuya transcendencia a largo alcance, es imposible predecir. Cortar el nudo gordiano o cruzar el Rubicón pueden ser dos episodios banales o abrir las puertas de Asia y el camino de Roma. En el mejor de los casos, el camino que pudiera abrir el paso del Dr. Fisher se presenta difícil y erizado de obstáculos. Pero el Señor, que evidentemente ha suscitado en nuestros días un anhelo, una añoranza de unidad entre los cristianos, también entre los separados, es quien tiene en sus manos los corazones de los hombres y puede, con su gracia, apresurar la marcha de los tiempos.

JOSÉ ORLANDIS